
THE HORUS HERESY®
Enhanced Audio Edition
RAVEN'S
FLIGHT
Gav Thorpe
Includes the full script and audio drama
Featuring the voice of Toby Longworth



LA HEREJÍA DE HORUS

EL VUELO DEL CUERVO

GRAHAM MCNEILL

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarca

CORAX	Primarca de la Guardia del Cuervo

La Legión de la Guardia del Cuervo en Deliverance

BRANNE	Comandante de Deliverance de la Guardia del Cuervo

La Legión de la Guardia del Cuervo en Isstvan V

AGAPITO	Comandante de *las Garras* de la Guardia del Cuervo

Ejército Imperial en Deliverance

MARCUS VALERIUS	Prefecto del Ejército Imperial de Therion
PELON	Asistente del Prefecto

Un huracán teñido de sangre recorría la colina desolada, el furor de su rugido el grito de cien mil gargantas presas de la rabia y la agonía, sus vientos carmesíes convertidos en un infierno furioso incendiaban todo a su paso. El cielo ardía y una multitud de formas oscuras aleteaban en el aire, sus alas prendidas, ascuas derramadas de las negras plumas. Los gemidos moribundos se convertían en los graznidos de los cuervos, una cacofonía creciente que ahogó el lamento de la tormenta.

Empapado de sudor, con el corazón aún martilleando en su pecho, Marcus Valerius despertó de su tormento con un grito sofocado en los labios. Sangre y fuego. Siempre igual. Fuego y sangre. Dejó caer a un lado la sábana húmeda permitiendo que el aire reciclado de Deliverance resecara sus labios y la sal de su frente. Tosió y se frotó los ojos mientras las tenues formas de los cuervos todavía danzaban en la oscuridad de su aposento. Un débil eco de aquel rugido desesperado aún resonaba en el metal desnudo de las paredes, burlándose de él.

Temblando, Valerius salió de la cama y avanzó a tientas hasta el nicho de la ducha. Tiró de la cadena de latón y un agua tibia cayó sobre él, arrastrando con ella su fatiga. Se apresuró a frotarse la piel con una vasta toalla y se masajeó su castaño pelo rizado. Como casi todo en Deliverance, el agua estaba estrictamente racionada. Después de sus cuarenta y cinco segundos asignados el flujo se detuvo. Valerius sopesó la posibilidad de emplear su segunda asignación diaria pero la desestimó. Después de un día en el sofocante aire del hábitat artificial de Deliverance su ducha nocturna le era imprescindible para lavar la suciedad del día. Le era imposible dormir sin ella.

Aunque el sueño no había venido fácilmente en los últimos días. Cada una de las pasadas siete noches las mismas imágenes lo habían torturado. Sangre y fuego, fuego y sangre, la bandada de cuervos gritando de dolor.

Aún absorto en esos perturbadores pensamientos Valerius pasó una mano por su afilado mentón, notando el nacimiento de la barba en las puntas de los dedos. Cogió un cuenco, lo llenó con el agua acumulada en la ducha y lo colocó en la repisa colocada bajo el pequeño espejo fijado a la pared. Contempló sus propios ojos enrojecidos y las líneas marcadas en sus jóvenes mejillas. No parecía la cara de un hombre que apenas ha superado la treintena. Los últimos siete días lo habían

mellado más que catorce años de lucha, primero contra los orkos de Therion y después en el gran ejército del Emperador junto a los marines espaciales de la legión de la Guardia del Cuervo. Había conciliado más fácilmente el sueño en una nave de desembarco que se estrellaba en un mundo que rechazara la Iluminación, había pasado noches en fétidos pantanos más cómodamente de lo que lo había hecho en su cama aquellos días.

Valerius afiló la navaja de afeitar y la deslizó cuidadosamente por sus mejillas, calmándose con el movimiento. Puso una atención especial a su fino bigote, recortado cuidadosamente justo por encima del labio. Se sentía orgulloso de esa franja de vello facial, un testimonio de su nacimiento en Therion que remarcaba su título de prefecto del Ejército Imperial tanto como cualquier otra de las insignias de su grado.

Al terminar con sus abluciones matutinas llamó a su paje, Pelon. El joven se presentó con el uniforme de su señor. Pelon ayudó a Valerius a vestirse, una coreografía ordenada entre amo y sirviente. El paje alisó los pliegues de la camisa de seda y anudó las trenzas doradas con las que sujetó el pelo que el prefecto se dejaba crecer largo hasta los hombros.

Pelon rompió su acostumbrado silencio.

—Parecéis cansado, mi señor. ¿Todavía os perturban vuestros sueños?

—¿Qué sabes de mis sueños?

—Sólo lo que os oigo murmurar mientras dormís.

Pelon sostuvo los bombachos mientras el oficial se los ponía, ajustándolos con los gruesos cordones negros.

—Dependiendo de las olas de la disformidad, lord Corax y sus artartes deberían haber llegado a Isstvan hace siete días —concluyó Valerius—. ¿Es mera coincidencia que mis sueños empezaran entonces?

El sirviente no contestó, se inclinó cuando Valerius se sentó en el borde de la cama y alzó los pies. Pelon le calzó las botas de montar tradicionales de Therion.

—Tal vez es un mensaje, mi señor. Algunas de las viejas historias cuentan que se puede enviar profecías a través de los sueños.

—Supersticiones —dijo el prefecto, aunque su rechazo carecía de convicción—. ¿Un mensaje de quién? ¿Y cómo habría alcanzado mis sueños?

Pelon se encogió de hombros mientras Valerius se levantaba. El oficial imperial levantó los brazos para permitir a su sirviente que le cruzase un fajín rojo alrededor de la cintura y sobre el hombro izquierdo, descansando las borlas del extremo a lo largo de su pierna derecha.

—Lord Corax no es un ser humano normal, ¿quién dice lo que puede y no puede hacer, mi señor?

Valerius lo consideró mientras se ajustaba el cinturón, la vaina ornamentada de la espada ropera apoyada en la cadera izquierda. Permaneció en silencio mientras Pelon lo ayudaba con la media capa negra, adornada con una piel rojiza, ajustándola sobre su hombro derecho.

Aquel había sido un ritual que había reconfortado siempre a Valerius. No importa lo que pasara, lo que la vida decidiera arrojarle a la cara, se sentía siempre restaurado, creado de nuevo como un oficial del Emperador. Hoy era una ceremonia vacía, como lo había sido en los últimos siete días. No lo reconfortaba en la medida en que los chillidos de los cuervos persistían en el borde de sus oídos y las llamas parpadeaban tras sus ojos. Toda la exquisita tradición de Therion y toda la panoplia del ejército imperial no podían mitigar sus miedos. Su puesto, su deber, sólo acrecentaba su ansiedad. Un impulso en el núcleo mismo de su ser le decía al prefecto que había algo equivocado en el universo y que como oficial del Emperador su honor lo obligaba a actuar.

—Quise haber acompañado a los astartes. Hablé con lord Corax antes de su partida. Me dijo que se trataba de un asunto con el que sólo podían lidiar las legiones. Son tiempos terribles, Pelon. Difícilmente puedo creer que sea cierto. Parte de mí todavía desea que no lo sea. ¿Un primarca volviéndose un renegado, despreciando sus deberes para con el Emperador? Antes podría creer que la fuerza de la gravedad es un mito. Vi la intensidad en los ojos del primarca. Ardían con algo que no he visto nunca. La rebelión del Señor de la Guerra Horus ha manchado el honor de todas las legiones astartes. Lord Corax me juró que los marines espaciales repararían el daño sin ayuda. Entonces apoyó su mano de gigante en mi hombro y me dijo «Si te necesito oirás mi llamada». ¿Qué se supone que significaba eso?

—No lo puedo imaginar, mi señor.

Era claro que Pelon había establecido una relación con el sueño. Valerius lo dejó pasar.

Valerius se adentró en los serpenteantes túneles de las viejas minas con Pelon a su lado. Poco quedaba a la vista de los lúgubres orígenes del laberinto, las paredes revestidas de plastiacero ocultaban las marcas de los picos láser y los taladros. Millones habían trabajado hasta desfallecer y muerto para alimentar la avaricia de unos pocos, pero de su paso nada quedaba. Lycaeus ya no existía. Valerius la conocía sólo por las viejas historias de tiranía y miseria que le habían llegado a través de los astartes de la Guardia del Cuervo, aquellos que habían sido esclavizados aquí y que se habían unido a la legión tras la llegada del Emperador. Ahora la luna se llamaba Deliverance, sus pináculos de rococemento y sus sinuosos corredores eran el testimonio de los beneficios de la Iluminación y de la determinación de lord Corax. Valerius apenas pensaba en el sangriento pasado de ese sitio, pero por momentos recordaba que el aire que respiraba era el mismo aire que aquellos esclavos, aquellas lastimosas criaturas, habían respirado una vez, antes de que lord Corax los guiara hacia la libertad.

Subieron varios tramos de escaleras hasta la plataforma elevadora y se asomaron a la galería, un hemisferio de cristal blindado desde el que una vez los señores esclavistas habían mirado a los cielos oscuros y visto las fieras estelas de los transportes que traían la carga humana desde el planeta situado debajo. Aquel mundo, Kiavahr, no era visible en ese momento. Otras veces se asomaba enorme en el horizonte como un ojo resentido.

Los ojos de Valerius se dirigieron hacia la inmensa aguja conocida como la Espiral del Cuervo, su destino aquel día, su tersa superficie erizada con puestos de armas y perforada por las mandíbulas luminosas de los muelles. Un centenar de focos cortaban la oscuridad abisal del mundo sin aire, fijos sobre las canteras desperdigadas a lo largo de la superficie de los cráteres de la luna, rutilantes sobre las cúpulas de energía que protegían los asentamientos de los trabajadores y las refinerías de mineral.

La Espiral del Cuervo permanecía silenciosa. Todos salvo un centenar de astartes habían partido, siguiendo a su primarca lord Corax con destino al sistema Isstvan. Valerius desconocía los detalles; sólo unos pocos, si acaso, los sabían.

El comandante Branne, líder de la Guardia del Cuervo estacionada en Deliverance, tenía sus aposentos en lo más alto de la torre. Estaba solo cuando el prefecto y su acompañante entraron, mirando a través de una estrecha ventana el cielo estrellado. El comandante vestía un traje de trabajo sencillo y sobre él lucía un tabardo negro con el emblema de la legión bordado. Se giró y sonrió a Valerius cuando entró, indicándole con un gesto el sillón situado en una de las paredes de la habitación de techo bajo. Branne se sentó a su lado, el asiento crujió alarmantemente bajo su peso. Incluso sentado el marine espacial dominaba la habitación con su presencia física. Sus bíceps desnudos eran del tamaño de los muslos de Valerius, el pecho masivo tensaba el tejido del tabardo hasta casi el límite del desgarro. El prefecto se sentía como un niño. Y era aún peor cuando se había visto en la presencia de lord Corax, quien hacía que incluso los astartes parecieran pequeños y frágiles.

Valerius se tragó saliva en un momento de nerviosismo.

—¿Va todo bien, comandante?

La expresión de Branne era nostálgica.

—Ésta solía ser una habitación de la guardia, maté a mi primer hombre aquí, cuando aún era más joven que vuestro sirviente. Lo estrangulé con la correa de su rifle y me quedé con el arma. Por supuesto, Corax estaba en ese momento a mi lado. Lo vi arrancar el corazón de un hombre con sus manos y triturar el cráneo de otro con un puño —miró a su alrededor, como si viera recuerdos en lugar de las frías paredes de plastiacero—. Desearía haber ido con el resto de la legión.

—¿Por qué no lo hicisteis?

—Cuestión de azar. Alguien tenía que quedarse y guardar la fortaleza. Sorteamos entre los capitanes quién sería y perdí. Y aquí estoy, perdiéndome la acción.

—Tal vez no —dijo Valerius, viendo su oportunidad.

—No os entiendo.

Miró a Pelon que apareció con una bandeja en la que traía dos copas. Negó con la cabeza pero Valerius cogió el agua que le ofrecía. Tenía un regusto químico, nada que ver con el de las frescas corrientes de sus propiedades en Therion. Aun así bebió ávidamente para desprenderse de la sequedad que le atenazaba la garganta desde que había despertado. El prefecto se dio cuenta de que sólo estaba posponiendo el momento de tener que explicarse. Las palabras empezaron a fluir apresuradas, desbordando el dique de la vergüenza que las estaba conteniendo.

—Creo que lord Corax necesita nuestra ayuda, en Isstvan quiero decir. Me temo que algo no ha ido bien en su lucha contra Horus.

Branne arrugó el ceño.

—¿Qué os hace pensar que algo ha ido mal? ¿Habéis oído algo que yo no?

—No directamente, no. Veréis, esto probablemente no tenga mucho sentido, ni siquiera yo mismo me lo puedo explicar. He estado teniendo un sueño de cuervos ardiendo —las arrugas en la frente de Branne se marcaron aún más, pero Valerius continuó—, puede que no sea nada, nada en absoluto, pero me ha estado acosando durante siete días. Temo que sea algún tipo de advertencia. No puedo explicarlo bien, es sólo algo que presiento. Algo va mal en Isstvan.

La confusión de Branne se había convertido en escepticismo.

—¿Un sueño? ¿Queréis que embarque hacia Isstvan, contra las órdenes del primarca, a causa de un sueño?

—Es más que un sueño, estoy seguro de ello.

—Os estáis preocupando por nada. Tres legiones, tres legiones completes han sido movilizadas contra Horus. Cuatro más se unirán a la ofensiva. No importa lo que los traidores hayan logrado hasta ahora, no cuentan con la fuerza para enfrentarse a eso. ¿Qué fuerza en la galaxia podría tener en su poder Horus con la que enfrentarse a tamaño ejército?

—Tal vez tengáis razón —concedió Valerius, aunque parte de él no estaba convencido—. ¿Pero podría llevar a mis hombres hasta allí, sólo para asegurarnos? Si todo ha ido bien volveríamos sin más, la única pérdida serían unas pocas semanas.

—Tengo razón. Nadie va a abandonar Deliverance, y menos vuestros soldados imperiales. Esto es un asunto entre astartes. Vigilamos a los nuestros y lidiaremos con los nuestros. Lo que debéis hacer es estar preparados para el regreso de lord Corax. Dentro de poco estaremos adentrándonos en la disformidad hacia algún otro mundo en el que saciar vuestra sed de combate.

Valerius asintió con la cabeza aceptando su derrota y reprimiendo un suspiro. Frente a una negativa tan patente no había nada más que pudiera hacer.

Paz. Un rítmico zumbido amortiguado a través del líquido amniótico artificial. Una voz calmada, similarmente difusa. Las palabras se pierden, pero el tono es reconfortante. Un pitido insistente de fondo. Una cara pálida aparece, borrosa desde fuera de la incubadora. No se pueden distinguir los rasgos, su expresión es indiscernible. Una mano se posa sobre el vidrio de la cápsula: reverente, esperanzada, proveedora. ¿Incluso amante, quizás?

Fuego y sangre rompieron la paz: fuego de los motores ardientes de la cañonera Thunderhawk, sangre de los desgarros en su servoarmadura, adensándose rápidamente para cortar su flujo. No había dolor. No dolor físico al menos, porque el dolor psicológico, el horror de la traición, ardía como una herida abierta en sus pensamientos.

La mayor parte del carmesí que se estaba secando sobre su negra servoarmadura no era suyo. Pedazos de metralla sobresalían de la capa de ceramita, esquirlas del blindaje de su escolta. Macabros trozos de carne pendían de los puntos de ensamblaje, astillas de hueso enredadas en tiras de tendones y trozos de músculo. No sabía los nombres de aquellos que ahora teñían su armadura de comabte. No quería saberlos.

Corax salió de entre los escombros de la cañonera, irguiéndose con la ayuda del capitán Agapito.

—Deberían examinaros esa herida, mi señor.

—No es nada.

—Esa explosión ha matado a cinco astartes. Yo no la desestimaría tan a la ligera.

—Mi cuerpo se recupera. Tenemos asuntos más importantes en este momento.

El capitán Agapito sabía a qué se refería su primarca.

—Las estimaciones de bajas no son muy precisas.

—Dime.

Agapito negó con la cabeza en descrédito mientras revisaba las cifras.

—La estimación aproximada es que el setenta y cinco por ciento de la legión ya se ha perdido. El total podría ascender hasta el noventa por ciento, mi señor.

Corax gimió, más herido por los datos que por el metal en su carne.

—Dame un momento.

Dio la espalda a los marines espaciales iluminados por la Thunderhawk derribada. Varios kilómetros al oeste el primarca podía ver los fuegos ardiendo en la llanura de Urgall y los anillos de colinas a su alrededor. Decenas de miles de astartes habían muerto allí. Decenas de miles de Guardias del Cuervo.

Corax nunca había sentido miedo ante nada en su vida. Ni a los látigos de los señores esclavistas, ni a las hordas de orkos ni a los ejércitos de disidentes. Pero aquello era diferente. Aquello eran astartes matando astartes. Era el comienzo de la humanidad destruyéndose a sí misma.

Corax se permitió unos momentos de dolor, considerando las vidas perdidas, los hermanos de batalla caídos, abatidos por sus camaradas traidores. Vio el humo ascender hasta el cielo, oscureciendo el horizonte. Recordó el rápido intercambio de mensajes con Vulkan cuando los traidores abrieron fuego. El primarca de los Salamandras quería proteger la zona de desembarco. Corax se había opuesto, sabiendo que aquel escenario ya estaba perdido. No formaba parte de su naturaleza permanecer en un sitio donde fuera presa fácil. Con las maldiciones de Vulkan resonando en sus oídos, Corax había ordenado a su legión retirarse por cualquier medio necesario. Los puntos de reagrupación se emitieron por el canal de comunicaciones codificados, pero Corax se preguntó si los traidores tendrían acceso a los cifrados de la Guardia del Cuervo. Cuando los supervivientes reunieron sus fuerzas de nuevo, el primarca ordenó a sus tecnomarines que establecieran nuevos protocolos de seguridad.

Así, ahogando el dolor en beneficio de las necesidades inmediatas, Corax se apartó del vacío que amenazaba con tragarlo. Mientras su mente se llenaba de disposiciones y órdenes, volvió de nuevo a dirigirse a los restos de su guardia de honor. Un tecnomarine, Stradon, protestaba sobre un amasijo de placas de ceramita y plumas de acero. Stradon miró a Corax, ladeó la cabeza consternado, incapaz de encontrar la manera de reparar los retropropulsores de su primarca.

—Déjalo —Corax dirigió la mirada hacia los marines espaciales que miraban expectantes a su primarca—. Pasaran algún tiempo antes de que este cuervo vuele de nuevo.

El valle estaba cubierto por una densa niebla, pero había un humo aún más negro entre la bruma: humo de motores. Corax estaba agazapado en su puesto de observación en el lado occidental del desfiladero, sus cuatro capitanes a su lado. El primarca se había quitado el casco alado y escuchaba intensamente, sus oídos sobrehumanos mejores que todo sensor que cualquier tecnorati pudiera desarrollar. Podía diferenciar cualquier vehículo por el timbre único del tren de arrastre: transportes Rhino, Land Raiders, tanques Predator, plataformas de asalto Thunderstrike. Ese último componente fue el que le indicó quién avanzaba por el valle, puesto que sólo una legión empleaba esas piezas de artillería.

—Guerreros de Hierro.

Un gruñido de repulsa se extendió entre los oficiales que lo rodeaban. De entre todos aquellos que se habían vuelto traidores, los Guerreros de Hierro merecían un odio especial. La Guardia del Cuervo siempre los había considerado brutales, simplistas en sus tácticas. Corax nunca había expresado abiertamente sus reservas, pero jamás había compartido la aproximación de Perturabo a la guerra. Su antiguo hermano veía el conflicto como un mero intercambio de castigo hasta que una de las partes capitulase; era el tipo de individuo que permanecería cara a cara frente a su enemigo recibiendo y asestando golpes y confiando en su obstinación para prevalecer. Más de una vez Perturabo había insinuado que Corax era un cobarde por su estrategia preferida de golpear y retirarse.

Corax prestaba poca atención a las críticas de otros primarcas. Las legiones de estos eran mayores que la suya, sus fuerzas heredadas de Terra reforzadas por planetas

natales densamente poblados. Deliverance no contaba con los vastos recursos de otros mundos y sólo unos pocos cientos de astartes habían acrecentado las filas de la XIX Legión. Tal situación había hecho necesario cierto enfoque de la lucha, uno que Corax había aprendido bien durante su levantamiento en contra de los señores esclavistas. Aunque la Guardia del Cuervo se había convertido en una fuerza militar superior, Corax nunca había olvidado las lecciones duramente aprendidas de la guerrilla. Si hubiera hecho aquello en lo que Perturabo creía, o que Vulkan había decidido, todos sus guerreros estarían muertos.

Gracias a su cuidadosa retirada bajo el fuego enemigo algunos habían logrado escapar y reunirse con su primarca. Sus cuatrocientos astartes eran poco comparados con la potencia que había comandado sólo una docena de días antes, pero aún eran marines espaciales y aún podían luchar. Corax estaba decidido a que la masacre del desembarco no quedara sin respuesta. Los guerreros de Perturabo aprenderían que a veces el golpe escondido era el más letal.

Corax escuchó con atención los ruidos mecánicos que repartían sus ecos por el valle, localizando cada fuente.

—Catorce Rhinos, tres Land Raiders, seis Predators, tres Thunderstrikes.

Nadie dudó de sus palabras, sus ojos y oídos más precisos que cualquier escáner que pudiera quedar en su arsenal.

—Avanzan en doble columna, seis transportes en la vanguardia, medio kilómetro por delante. Dos escuadrones de escoltas motorizadas, veinte en total.

El primarca alzó la vista. Las nubes en los terrenos más elevados estaban bajas. No oía reactores; era poco probable que los Guerreros de Hierro contaran con fuerzas aéreas, serían virtualmente inútiles en aquellas condiciones meteorológicas. Más allá, por encima de la atmósfera, sus fragatas y naves de combate estarían escaneando Isstvan V con augures de largo alcance, pero localizar una fuerza tan pequeña como la de Corax era prácticamente imposible. Era un gambito, pero Corax esperaba que la columna de reconocimiento —una de las tres que habían estado peinando las colinas desde la masacre— no contara con soporte orbital.

—Cuando ataquemos asumirán una disposición de punta de lanza defensiva, Land Raiders al frente, Predators a los flancos, las plataformas de asalto y los transportes en reserva. Es el tipo de lucha que estos bastardos prefieren. No se lo permitamos.

—¿Un ataque de distracción seguido de una ofensiva posterior, mi señor? —sugirió Agapito, capitán de las Garras, las compañías tácticas que formaban la espina dorsal de la recién reorganizada Guardia del Cuervo.

Corax asintió. Se giró hacia el capitán Aloni, recientemente asignado como líder de las compañías de asalto, los Halcones.

—Agapito se apostará en la ladera oriental del valle. Dales diez minutos a los Guerreros de Hierro para organizar su formación antes de atacar por la retaguardia. Agapito, necesito que atraigas su atención lo máximo posible. Golpéalos con fuerza y mantén la posición. La respuesta será contundente, pero tienes que soportarla. Si el enemigo piensa que os vais a retirar formarán para perseguiros, lo que dejaría a su vanguardia frente a las compañías de Aloni. No permitas que eso pase.

Los capitanes asintieron.

—¿Qué hacemos con la escolta motorizada?

—Usa tus escuadrones de motocicletas y dales algo a lo que perseguir. Llévalos al oeste. Aloni, despliega tu ataque por el este.

A las respuestas afirmativas de los oficiales siguió un momento de silencio hasta que Agapito habló:

—¿Y vos, mi señor? ¿Dónde lucharéis?

—Atacaré desde el sudeste como parte del ala del segundo ataque.

—¿Es eso prudente? Habéis repartido vuestra guardia personal entre el resto de las compañías.

Corax se irguió en toda su altura y descolgó su bólter pesado, sosteniéndolo fácilmente en la mano izquierda. El colosal primarca sonrió desde arriba a sus oficiales.

—¿De verdad crees que necesito una guardia personal?

El valle estaba iluminado por el fuego de las armas pesadas y los proyectiles de bólter. Dos Rhinos eran restos llameantes y el compartimento del motor de un Land Raider ardía fieramente. El fuego de respuesta de los traidores era intenso, un flujo de balas y explosiones que abrasaban las brumas. Las detonaciones trituraban la colina desde la que las Garras de Agapito hacían llover fuego sobre los Guerreros de Hierro.

Corax observaba el intercambio desde un estrecho desfiladero unos cientos de metros por detrás de las posiciones del enemigo. Vio a las tripulaciones de los Thunderstrikes preparando los cañones masivos, y supo que era el momento de actuar. Era lo que esperaba, no había querido que Aloni atacara demasiado pronto por miedo a que revelara su estrategia. No sentía remordimiento por haber engañado a sus propios comandantes: era por su supervivencia por la que el primarca había decidido atacar antes en contra del plan propuesto. Podía manejar la situación sin su ayuda.

El primarca rompió su cobertura, martilleando a su paso la colina de cantos rodados con largas zancadas. La sorpresa debía ser su arma principal.

Con la grava salpicando a sus pies, un Guerrero de Hierro solitario, su servoarmadura plateada moteada con gotas de agua, se giró hacia Corax, de alguna forma había sido capaz de escuchar la tierra triturada bajo sus pasos en el fragor del combate. El primarca actuó sin vacilación. Agachándose en medio de su carrera agarró una esquirla de roca. Con un movimiento de su brazo rápido como un parpadeo arrojó la piedra al Guerrero de Hierro. Un borrón oscuro se clavó en la garganta del marine espacial y brotó de su nuca, acabando silenciosamente con él. Corax siguió corriendo mientras preparaba su bólter pesado.

Los Thunderstrikes abrieron fuego sobre la Guardia del Cuervo, tres enormes pétalos de llamas cubrieron la colina. Corax no le dirigió ni una mirada a la devastación causada, profundamente concentrado en sus objetivos. Cincuenta metros antes de las plataformas de asalto se detuvo y se colocó en posición de disparo, llevándose al hombro el bólter pesado como un hombre corriente se habría apoyado un rifle. Se centró en el Thunderstrike más cercano, entrecerrando los ojos. Apuntó justo encima de la escotilla de mantenimiento situada en el flanco del vehículo, tras la cual se encontraba el motor principal. La primera salva de proyectiles impactó con un rugido en la marca exacta, atravesando las placas de blindaje. Un momento después el humo ascendía de las entrañas del Thunderstrike,

poco antes de que una bola de fuego envolviera la plataforma de asalto y trozos de metal saltaran por los aires en todas direcciones.

Corax no tuvo tiempo de admirar su obra. Su siguiente fusilada desgarró la protección flexible de la montura del cañón del siguiente Thunderstrike, machacando engranajes, bloqueándolo en una posición fija. Unas formas plateadas surgieron de los Rhinos y cargaron hacia Corax, pero éste las ignoró. Quitó el seguro de tres granadas krak, sujetándolas cómodamente en la palma de la mano, y las arrojó dentro de los conductos de ventilación del tercer Thunderstrike, destrozando la parrilla y partiendo las vías de combustible. Inmediatamente el vehículo se incendió a lo largo del flanco izquierdo de su casco. A medida que la tripulación surgía ardiendo de las escotillas Corax la barría con su arma.

Los proyectiles de bólter repiqueteaban sobre su servoarmadura, poco más que una mera distracción. Sin dedicarles más que una ojeada, el primarca dirigió su atención hacia el tanque Predator que giraba hacia él, los cañones láser montados en sus cúpulas rotando en su dirección.

Dos explosiones gemelas de energía detonaron alrededor del primarca, tirándolo de espaldas, su placa pectoral un desecho semiderretido, el bólter pesado una ruina retorcida en su mano. El dolor abrasó su pecho pero desapareció tan rápido como había llegado. Corax arrojó el bólter a un lado y se puso en pie cuando la torre del Predator abrió fuego, los proyectiles del cañón automático rugiendo al pasar junto al primarca.

Echó a correr, trazando un arco mientras las balas resonaban en su casco y sus hombreras y se adentraba en los dientes de la tormenta de metal. No pensaba en el peligro salvo por el deseo de abrazarlo. Aquello era para lo que había sido creado y la euforia cantaba en sus venas.

Corax se sentía alimentado por la justicia de su propósito. Miró a los Guerreros de Hierro y sólo vio un atajo de matones cobardes que revelaban su verdadera naturaleza. El primarca había crecido luchando contra ese tipo de tiranos. Encontrárselos entre las filas de los astartes lo horrorizaba más que nada. Los señores esclavistas de Lycaeus eran humanos, eran falibles. Los marines espaciales no tenían tal excusa. Habían sido elegidos por la fuerza de sus cuerpos y de sus convicciones. Habían pronunciado los juramentos de servicio al Emperador y al emergente impero de la humanidad. Ellos eran libertadores, no opresores.

Con un aullido feral Corax se abalanzó sobre el Predator. Movido por su furia y su indignación, traspasó el ventanuco del conductor y aplastó el cráneo del Guerrero de Hierro que había tras él. Saltando hasta la torreta, arrancó la escotilla, arrojando sus restos barbados como una cuchilla a las escuadras de marines espaciales que avanzaban desde los transportes. El comandante del tanque miró sorprendido hacia la tenue luz que inundó el interior del Predator. Corax lo agarró, su mano cubriendo la cabeza del astartes. El casco apenas resistió antes de rendirse a aquella presión titánica, y el cráneo se colapsó entre sus dedos.

Dejándose caer al suelo, el primarca aferró una de las cúpulas de los cañones láser y apoyó el pie contra el casco del tanque. De un tirón arrancó la montura y arrastró al artillero medio cuerpo fuera a través del agujero. Golpeó con su puño la espalda del Guerrero de Hierro: la fuerza del impacto agrietó su servoarmadura y astilló su columna dorsal.

El fuego de bólter era ya demasiado intenso para ignorarlo. Como una lluvia que súbitamente se convierte en una tormenta, había crecido en su vehemencia. Cuatro escuadras de Guerreros de Hierro concentraban su potencia de tiro sobre el primarca. Éste les arrojó los restos de la cúpula del Predator, aplastando a tres de ellos.

La estela de humo de un cohete cortó el aire una fracción de segundo antes de impactar en el hombro izquierdo de Corax, desprendiendo esquirlas de ceramita, haciéndolo tambalearse y obligándolo a apoyarse en una rodilla. Escupió una maldición sin palabras antes de ponerse de nuevo en pie, esquivando a derecha e izquierda mientras más bolas de plasma y cohetes silbaban a su alrededor.

Corax cubrió rápidamente la distancia que lo separaba del flanco de la escuadra más cercana. Sus puños golpearon las placas de los dos primeros marines espaciales. Cuando los cuerpos se desplomaron el primarca recogió sus armas y cargó contra el resto de la escuadra, un bólter llameante en cada mano. Los proyectiles martillearon sobre los Guerreros de Hierro, media docena más cayó al suelo antes de que las cintas de munición se agotaran. Corax tiró las armas a un lado.

Un sargento se abalanzó sobre él, una chirriante espada sierra en una mano, una pistola bólter en la otra. El primarca esquivó los dientes zumbantes y agarró al guerrero del codo. Con un giro y un tirón le arrancó el brazo y lo blandió en un arco ascendente, las hojas afiladas como cuchillas de la espada sierra mordieron profundamente el casco del sargento. Corax desechó el miembro ensangrentado y

agarró una granada del cinturón de su víctima, clavó el puño en el pecho de otro Guerrero de Hierro, el explosivo detonó sin que lo soltara.

Corax captó el sonido de un mecanismo hidráulico a su derecha mientras sacudía los dedos adormecidos. Un Land Raider abrió la rampa de asalto. Recortados contra la cruda luz de su interior, una escuadra de pesados Exterminadores desembarcó. No malgastaron la munición de sus combibólteres sino que se aproximaron rápidamente, flexionando sus garras recorridas por arcos de energía.

Más detonaciones y fuego de bólter golpearon la columna de Guerreros de Hierro cuando los Halcones atacaron, las compañías de Aloni descendiendo sobre los traidores en sus llameantes retropropulsores. Las Garras presionaban más adelante en el valle, cañones láser y lanzamisiles marcando sendas de muerte entre los Guerreros de Hierro rodeados.

Los Exterminadores vacilaron en su avance en medio de la anarquía que campaba a su alrededor. Corax desenganchó un arma de su cinturón, un largo látigo dentado que parecía retorcerse con vida propia. El primarca había pedido al Mechanicum de Marte que lo creara para él. La ironía de emplear un arma propia de un tirano por una noble causa lo agradaba. Con anticipación, Corax sonrió en el interior de su casco.

Destellos de energía lo recorrían en toda su longitud, el látigo restalló en la mano de Corax y atrapó al Exterminador más cercano en el estallido de un trueno, cortándolo desde el hombro a la cintura. Sus restos cayeron al suelo, con volutas de humo partiendo de los trozos de su cuerpo limpiamente seccionados.

Los demás Exterminadores abrieron fuego, pero era demasiado tarde. El látigo de Corax arrancó la cabeza de otro y segó las piernas de un tercero. Aloni aterrizó a su lado vestido con su servoarmadura negra y su pistola de plasma escupiendo masas incandescentes.

Corax sintió un impulso exultante y alzó el látigo por encima de su cabeza.

—¡Sin piedad!

La Guardia del Cuervo saqueó a los muertos hasta dejarlos limpios de cualquier cosa que pudieran aprovechar. Se abrieron camino entre los cadáveres, ejecutando a los traidores que aún vivían mientras los apotecarios hacían lo que podían por los leales heridos. Las armas fueron arrancadas de dedos muertos y la munición esquilmada de los cinturones y las mochilas de los caídos.

Corax había ordenado el saqueo con cierta reticencia, pero las circunstancias no le dejaban alternativa. Si sus guerreros iban a continuar la lucha, necesitaban suministros. Tenían que ser rápidos, el ataque a la columna los había dejado fijos en un sitio demasiado tiempo. Corax quería estar a varios kilómetros de distancia antes de que otras fuerzas llegaran al área.

La supervivencia era la clave. Golpear y retirarse para golpear otra vez. Aquella traición flagrante no quedaría oculta. El Emperador sabría de lo ocurrido a sus legiones en Isstvan y su retribución sería presta, de eso Corax estaba seguro. Había decidido que sus guerreros vivirían lo suficiente para verlo.

—¡Esto es insubordinación! —rugió Branne, cerniéndose sobre Valerius.

El prefecto no pudo evitar encogerse de miedo frente a la masa intimidatoria del comandante. Se odiaba por mostrar esa debilidad, era una afrenta al uniforme que vestía. Era un oficial leal al Emperador, no un alfeñique en un campo de instrucción. Aun así, las protestas del prefecto murieron en su garganta al tiempo que la diatriba de Branne continuaba. El comandante recorría sus cámaras privadas, con las paredes decoradas con pinturas que representaban escenas idealizadas de la liberación de Deliverance. Lord Corax aparecía en todas ellas.

—Es precisamente por estas… estas idioteces que el mando del ejército imperial se entregó a los astartes. Unos cuantos sueños, y estáis preparado para marchar directo a una zona de guerra altamente volátil. ¿De verdad creéis que Corax quiere tener a vuestro regimiento merodeando por allí, un elemento más por el que preocuparse? Dejad a un lado el sinsentido de vuestros sueños y considerad esto. Si lo que decís es cierto, ¿qué diferencia puede marcar vuestro regimiento? ¡Las fuerzas de Horus son astartes! Si toda la potencia de la Guardia del Cuervos, por no mencionar a otras seis legiones más, no son suficientes para someter la rebelión de Horus, ¿qué podrían lograr vuestras topas?

Frente a eso, Valerius reaccionó y dio un paso al frente, apretando un puño.

—¡Estaríamos allí! No, no somos astartes, no somos los hijos predilectos del Emperador. Sólo somos hombres, ¡pero hombres que creen en la verdad imperial, en la forja de este nuevo imperio tanto como vos!

—¡Los hombre son débiles!

La furia arrasó a Valerius, su mente crispada finalmente desbordada.

—No es un hombre quien lidera esta rebelión. ¡Horus es un marine espacial, uno de los vuestros! El mejor de todos, si es que eso aún es creíble.

—Tened cuidado con lo que digáis a continuación —las manos de Branne se convirtieron en puños—. No es prudente juzgar a los superiores.

Valerius se quedó estupefacto, sin palabras. Se dio la vuelta y comenzó a retirarse, temblando de indignación. No tenía argumento con el que convencer al marine espacial. En cierto sentido, el comandante tenía razón. Sus astartes eran muy superiores a los guerreros de Valerius. Habían sido creados por el Emperador para ser físicamente mayores que cualquier mortal. Sus armaduras de combate eran superiores, sus armas las mejores que el Mechanicum podía facturar. Pero eso era todo lo que podían llegar a ser: soldados, portadores de la guerra, conquistadores.

Valerius se calmó antes de volver a mirar a Branne. Pensaba en ofrecer un gesto conciliatorio cuando se encontró al comandante mirándolo con los ojos entrecerrados. El cuerpo del marine espacial estaba tensó, y en un instante Valerius se sintió ahogado por un miedo instintivo, el de la presa frente al depredador a punto de saltar.

—Quizá haya otra razón por la que estéis tan ansioso por viajar a Isstvan con todos vuestros guerreros… Quizá no es a lord Corax a quién queréis prestar vuestro apoyo, sino a los rebeldes…

Valerius se horrorizó ante la sugerencia, pero Branne continuó antes de que pudiera ofrecer ningún argumento en contra.

—Quizá pensáis que sois demasiado bueno para servir a la legión. Quizá vuestros sueños son el resultado de un orgullo torturado, el síntoma de un ego lastimado. Quizá pensáis que sería mejor servir a Horus.

—¡Mi orgullo es este uniforme! —Valerius aferró el fajín que cruzaba su pecho— ¿Sabéis por qué es de color rojo? ¡Porque mi padre dio su sangre por el Emperador! Lucho y muró a Su lado junto a los astartes que vinieron a Therion. Ésta es la medalla de la entrega a Su causa de mi familia, el signo de la confianza que el Emperador depositó en ella. Significa para mí tanto como el emblema sobre vuestro tabardo. ¡No os atreváis a pensar si quiera que soy capaz de mancillar este honor!

Branne se quedó perplejo ante la vehemencia de Valerius. Parpadeo varias veces, como un sabueso enorme que recibe en el hocico el zarpazo de un cachorro.

—¿La debilidad de los hombres? Sí, las legiones astartes unificaron Terra y han conquistado la galaxia. Bajo sus armas de fuego y sus espadas hemos avanzado a través de las estrellas y reclamado cientos de mundos para el Emperador. Habéis levantado el Imperio, de eso no cabe duda. Pero sin nosotros, los débiles y frágiles hombres, ¿qué seríais? ¿Quién pilota las naves que os transportan?, ¿quién cultiva los campos que os alimentan, fabrica las armas que portáis y cría a los niños que serán vuestras futuras generaciones? No los astartes.

La vacilación de Branne duró sólo un momento antes de ser reemplazada otra vez por un ceño fruncido.

—Esto no es un debate, prefecto. Si fuerais un piloto, un granjero, un tecnosacerdote o un padre, podríais decir tales cosas. Pero no lo sois. Sois un oficial del ejército imperial y respondéis ante los astartes. Soy el oficial superior en Deliverance y os ordeno que mantengáis acuartelado a vuestro regimiento. No partiréis hacia Isstvan. Allí no sois bienvenidos.

El agotamiento amenazaba con sobrepasar a Valerius. Se irguió e inspiró profundamente, pensando lo impensable. Armándose de valor miró a Branne directamente a los ojos.

—¿Y si aún así decido ir?

La mirada de Branne era dura e inflexible.

—Deliverance cuenta con múltiples armas orbitales.

Corax se dirigía a las colinas de Urgall, cubriendo kilómetros ágilmente a un ritmo que podía mantener durante días. Evitaba las llanuras abiertas, moviéndose por valles y crestas evitando dejarse ver en el horizonte, rodeando restos de ciudades y demás asentamientos.

Habían pasado treinta días desde el desembarco, y hasta ese momento no había recibido comunicación alguna de los Salamandras ni de los Manos de Hierro. Una retransmisión por todas las frecuencias habría sido demasiado arriesgada, por lo que Corax había decidido luchar por su cuenta aún sin haber contactado con las otras legiones leales. Había dado órdenes a sus tropas supervivientes de abandonar las posiciones en la cadena de Urgall.

Durante treinta días se había preguntado por qué había ocurrido aquello, se asombraba de que Horus hubiera podido atraer tantos a su causa. No importaba cómo había iniciado esa revuelta, lo más importante en ese momento es que el Señor de la Guerra lo había hecho. Si se iba a lanzar un contragolpe efectivo aquellos que permanecían leales al Emperador debían permanecer juntos. Si seguían divididos serían eliminados, legión a legión.

El primarca ocupó su mente con planes estratégicos, recordando todo lo que sabía sobre la topografía y el paisaje de Isstvan V. Superpuso mentalmente en el mapa las fuerzas de las legiones apostadas contra la suya, estimando sus fuerzas, cómo las habrían dispuesto y dónde podrían estar las grietas en sus defensas.

Al amanecer el primarca alcanzó Tor Venghis, un monte que dominaba la vista de la zona del desembarco donde tantos de sus guerreros habían sido ejecutados. Desde aquel punto de observación pasó la vista sobre las colinas de Urgall. Enormes naves de desembarco dominaban el paisaje, blasonadas con las insignias de los traidores: Hijos de Horus, Guerreros de Hierro, Devoradores de Mundos, Hijos del Emperador, Guardia de la Muerte, Legión Alfa, incluso los Portadores de la Palabra.

Ante aquel panorama el corazón de Corax se encogió. Tantos les habían dado la espalda. Parecía imposible que aquellos junto a los que sólo unos meses antes había luchado valientemente la Guardia del Cuervo estuvieran ahora cazándola. A pesar de sus anteriores pensamientos sobre la futilidad de comprender aquella traición, Corax no pudo oponerse a la urgencia de saber. Necesitaba acercarse más, caminar entre la devastación para comprenderla mejor.

Así, el primarca de la Guardia del Cuervo se adentró en la depresión de Urgall, confiando en la habilidad que poseía desde que tenía memoria y que nunca había revelado a nadie. No sabía cómo, pero si se concentraba podía pasar inadvertido entre otros. Mucho tiempo atrás había pulido aquel poder en la lucha contra los señores esclavistas, caminando entre sus defensas a plena vista. Sus seguidores no tenían noticia de aquel talento especial, pero eran muchos los aspectos de su misterioso líder que desconocían.

No se trataba de desaparecer literalmente —eso se lo había enseñado más de un encuentro con un escáner automático—, más bien era como si las mentes a su alrededor ignoraran a Corax se así era su deseo. Como depredadores que sólo pueden reconocer la silueta de su presa, aquellos frente a los que Corax deseaba ocultarse simplemente no registraban su presencia. Tal era su incredulidad subconsciente que incluso se negaban a aceptar los datos de un barrido de escáner o el brillo de un monitor termal. A simple vista Corax, a falta de un término más adecuado, se volvía invisible.

Sólo otro ser sabía aquello: el Emperador. Mientras descendía hacia la depresión el primarca recordó el día que el Emperador llegó a Deliverance para reunirse con su progenie. Recordaba las miradas de sumisión y adoración de sus guerrilleros cuando el Emperador bajó de su lanzadera.

La memoria de Corax era afilada como la punta de una espada, pero ni siquiera él podía recordar exactamente la cara del Emperador, aunque estaba claro que no lo había consumido el mismo sobrecogimiento que a los demás. El Emperador parecía joven en cuerpo, pero sus ojos eran más antiguos que cualquier otra cosa que Corax hubiera visto nunca. No era de una complexión en particular, ni bajo ni alto, ni grueso ni delgado.

El Emperador le había preguntado si lo reconocía cuando se quedaron a solas. Se había sorprendido de la respuesta de Corax.

—Como de un viejo sueño, sí.

La respuesta del Emperador fue breve.

—Interesante.

Había sido entonces cuando el Emperador le había explicado quién era en realidad: un primarca, uno de los veinte que había creado para liderar a la humanidad en su

conquista de las estrellas. Corax no había dudado una sola de aquellas palabras, la mera presencia del Emperador hacía que todo tuviera sentido. Hablaron durante todo el día acerca de los planes del Emperador y la Gran Cruzada. Corax contó lo que había ocurrido en Lycaeus y el conflicto sostenido con el planeta bajo ellos. Aquel día se juraron apoyo y lealtad mutuas, y el Emperador sonrió.

Después de que Corax acompañase al Emperador de vuelta hasta su lanzadera, el Señor de la Humanidad apoyó una mano afable en su brazo, con sus profundos ojos azules resplandecientes. Corax recordaba la calidez que había sentido, el júbilo nacido de las palabras del Emperador antes de su partida aunque el primarca no había mencionado su particular habilidad.

—Nunca más tendrás que volver a esconderte.

Corax resopló frente a aquel momento de sentimentalismo. Se estaba escondiendo otra vez, de eso no cabía la menor duda. No se estaba escurriendo por ningún conducto de ventilación o deslizándose junto a una garita, pero súbitamente sintió como si todos los años transcurridos no hubieran servido para nada.

Vio la devastación que había caído sobre la zona de desembarco. Los Guerreros de Hierro estaban fortificando las colinas como era su costumbre. Columnas de marines espaciales, a pie o sobre vehículos blindados, se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Bajo las nubes oscuras los campamentos se expandían como una mancha de tinta, pero había algo más que oscurecía las laderas y la hondonada barrida por el viento.

Cadáveres. Decenas de miles de ellos. Los traidores habían dejado a los muertos donde habían caído, quizá como testimonio de su victoria, quizá reticentes a borrar la vergonzosa evidencia de su traición.

La carnicería era inimaginable, incluso para alguien que había dedicado toda su vida a la guerra. Tantos muertos… astartes muertos a manos de otros astartes. No se trataba de una mera rebelión, esto era algo de una magnitud superior. Los rebeldes alzaban sus voces abiertamente contra quienes los oprimían. Estos traidores habían conspirado en las sombras esperando su oportunidad. ¿Quién podía decir desde cuándo llevaba Horus maquinando en contra de la voluntad del Emperador?

Con una brutal revelación, Corax comprendió que quizá él mismo había sido un conspirador involuntario partícipe de ese levantamiento. ¿Cuántas veces había

seguido las órdenes de Horus sin cuestionarlas? ¿Cuántas veces había discutido sus estrategias y planes con Angron o Fulgrim?

Corax vagabundeó entre las pilas sanguinolentas de carne y servoarmaduras agrietadas. Oía las ásperas risas que partían de los campamentos traidores pero las ignoró. Vio los emblemas de la Guardia del Cuervo junto a los de los Salamandras. Los estandartes de las compañías estaban caídos, desgarrados y rotos sobre la hierba empapada de sangre. También vio desperdigados algunas insignias de los traidores, flecos de brillantes colores entre el negro y el verde apagado de los leales.

Corax podía seguir el transcurso de la batalla por la estela de muertos dejados a su paso. Una dura retirada allí, una última resistencia alrededor del estandarte de un capítulo, un asalto de respuesta en contra de una posición más allá. Como un relato, la escena se representaba frente a él, los Salamandras retrocediendo en un círculo de resistencia cada vez más pequeño, la Guardia del Cuervo dispersándose en cualquier dirección viable. La carga psicótica de los Devoradores de Mundos de Angron hendiendo el cordón defensivo de los Salamandras, las baterías de los Guerreros de Hierro disparando desde sus posiciones elevadas, el ataque por los flancos de los portadores de la Palabra. Más lejos, los colores metálicos de los Manos de Hierro reverberaban con el sol naciente donde Ferrus Manus los había guiado contra los Hijos del Emperador.

De sus hermanos primarcas no había rastro alguno.

Corax se arrodilló junto al cuerpo de un Guardia del Cuervo, la placa pectoral partida en dos, su caja torácica abierta en canal. La armadura de combate estaba marcada con los galones de un veterano, uno de los que habían venido desde Terra y adoptado Deliverance como su nuevo hogar.

Corax había visto atrocidades indecibles y, en nombre de la Iluminación y el futuro, había cometido algunas. De aquellas no se sentía orgulloso, pero en cada caso siempre había estado seguro de que la causa era justa. Había visto esclavistas estrangular a bebés para castigar a sus madres, a los Kharve sedientos de sangre caer sobre columnas de refugiados. En su contundente respuesta frente a eso Corax nunca había vacilado. La guerra no era gloriosa, era una tarea desesperada y sucia. Pero era su tarea, y una en la que destacaba. Aun así, aquella masacre estaba más allá de todo límite.

Por primera y última vez en su vida, Corax lloró. No lloró por la pérdida de vidas, a pesar de su magnitud. No lloró por la degradación que había caído sobre sus guerreros muertos, a pesar de que era obscena. Lloró por todos los astartes, por la vergüenza que Horus había descargado sobre ellos. Eran la espada en la que el Emperador confiaba, y lo habían traicionado. No importaba que Corax se hubiera mantenido leal: pertenecía a los astartes, y la vergüenza de uno era la vergüenza de todos.

—¿Volverán a confiar en nosotros?

Un lágrima solitaria se deslizó por su mejilla y cayó sobre el guerrero caído.

¿Deberían volver a confiar en nosotros?, era la siguiente pregunta, pero Corax no quería preguntársela y, ciertamente, no podría haber respondido. *El Emperador nos hizo dioses y la humanidad nos siguió*, reflexionó Corax con pesar. *Depositó en nosotros las esperanzas y los sueños de los hombres, y nos alzamos por encima de ellos. Nos dio ejércitos a los que comandar y puso a nuestra disposición los recursos de la galaxia. ¿Y qué hicimos con ellos? ¿Cuándo despertamos, qué hicimos con el poder que nos confió? Elevarnos como reyes guerreros, con planetas enteros como vasallos y sistemas estelares como feudos. No todos hemos seguido a Horus, pero ninguno estamos libres de culpa. Tal vez sea mejor no confiar en nosotros. Tal vez la galaxia esté mejor gobernada por hombres que vivan y mueran y cuyas ambiciones no sean tan grandiosas.*
El pesar fue haciendo mella en Corax a lo largo de su búsqueda. No había rastro de Ferrus Manus ni de Vulkan, aunque no podía estar seguro de si eso era un buen o un mal augurio. Pero sí había una verdad que aceptar: los Salamandras y los Manos de Hierro ya no existían. Si alguna ayuda había de llegar, tendría que hacerlo desde fuera de Isstvan V.

La Guardia del Cuervo tendría que luchar sola.

—Prefecto, detectamos lecturas de energía de las plataformas orbitales de nuestro sistema de defensa. ¡Las armas están cargadas!

—Establezca comunicación con la Espiral del Cuervo inmediatamente, y pásela a mi camarote.

Sin esperar respuesta el prefecto atravesó el puente hasta su cámara privada. Encendió la pantalla y caminó en círculos mientras ésta se llenaba de estática multicolor. La voz del comandante Branne interrumpió la agitación de Valerius.

—Os advertí que esto ocurriría.

Valerius se giró hacia la pantalla, ocupada en su totalidad por la cara del marine espacial. La expresión del comandante era indescifrable, sin un solo indicio de lo que estuviera dispuesto a hacer.

—Seguro que no estaréis considerando abrir fuego contra naves imperiales…

—No es decisión mía, prefecto. Habéis desobedecido una orden directa de vuestro superior. Lo que ahora ocurra depende de vos.

Valerius contuvo la pulsión de arrancarse el cabello de pura frustración. Podía oir los graznidos de los cuervos incluso despierto, y cada esquina del camarote parecía parpadear en llamas.

—Las muertes de vuestros hombres recaerán sobre vuestras manos, no sobre las mías.

—¿Cómo podéis decir eso? —gritó Valerius—. Son vuestras órdenes las que van a matarlos. ¿Vais a ejecutarlos sin más? No puedo creer que seáis tan inhumano.

—Son tiempos inhumanos, prefecto. Siguiendo vuestras órdenes no confirmadas vuestros hombres son cómplices de conspiración e insubordinación.

—Sólo están siguiendo mis órdenes. ¡No hacerlo sería un motín!

—Entonces sois vos quien ha elegido por ellos cometer este crimen. Lo diré otra vez: es vuestra decisión, no la mía.

Las manos de Valerius se crisparon como garras intentando aferrarse a cualquier argumento o línea de razonamiento con la que disuadir a Branne de abrir fuego. No podía pensar en nada. Toda justificación para su comportamiento se basaba en el sueño que lo atormentaba y un profundo sentimiento de amenaza, nada más.

Entonces la pregunta apareció. Valerius se dirigió a la pantalla con una última y desesperada expectativa en su corazón.

—¿Y qué ocurrirá si sois vos y no yo quién se equivoca?

Branne arrugó la frente, confuso mientras contestaba.

—Mis órdenes fueron explícitas, igual que las vuestras. La cadena de mando es igual de clara. Cualquier error es vuestro, no mío.

—¡Pensad en las consecuencias! No en las razones, pensad sólo en qué ocurrirá si seguimos vuestro curso de acción y no el mío.

Branne sacudió la cabeza, sin comprender el argumento de Valerius. El prefecto continuó, aferrándose a las palabras como un hombre que se ahoga se aferraría a una cuerda.

—Si tenéis razón y yo me equivoco, ¿cuál es el daño?

—Si mis peores sospechas son correctas, ayudaréis a los traidores.

Valerius asintió, pensando tan deprisa como su mente nublada por la fatiga le permitía.

—Entonces venid conmigo. Traed a vuestros astartes a bordo y apoyad un arma en mi cabeza. Seré el primero en pagar el precio si veis el más mínimo indicio de traición en mis acciones. En tales circunstancias, ¿qué beneficio obtendría de ello?

Branne negó con la cabeza pero no dijo nada, y Valerius continuó.

—¿Y qué ocurre si es un viaje innecesario? ¿Qué habremos perdido por actuar? ¡Nada!

El marine espacial seguía sin estar convencido, por lo que Valerius lanzó su último argumento.

—Pero considerad esto. Pensad en las consecuencias si, en contra de todo lo que creéis y para lo que habéis sido entrenado, tengo razón. ¡Pensad! Si lo que digo es cierto, no importa cómo, ¿entonces cuál es el precio que pagaremos por no actuar? Si venís conmigo tal vez la historia os recuerde como el comandante que arriesgó su orgullo al permitir que un oficial del ejército desequilibrado lo engañase. Vuestra reputación sufrirá un golpe por ello, eso es seguro. Pero si no es así, seréis recordado como el comandante que se quedó en casa, demasiado soberbio para escuchar a aquellos que le advirtieron del peligro, mientras su primarca lo necesitaba.

Valerius pudo ver cómo sus palabras se hundían en el entrecejo cada vez más fruncido de Branne. La mandíbula del marine espacial se movía incesantemente como masticando las frases en su mente, analizándolas como si fuera un informe de despliegue de una batalla, examinándolas desde diversas perspectivas.

—No os creo. Aunque las consecuencias de la inacción son mayores, es más probable la pérdida mi honor, por un factor muy amplio. No veo el beneficio de vuestro curso de acción.

Valerius cayó de rodillas, alzando las manos, implorando frente a la imagen parpadeante del comandante.

—¡Lord Corax nos necesita! ¡Os necesita!

—¿Y si no? ¿Y si viajo a Isstvan y me recibe con censura?

Valerius se irguió y apoyó la mano sobre su pecho en posición de saludo, agarrando su fajín.

—Renunciaré a esta insignia y entregaré mi vida en prenda por el error. Sobrellevaré ese deshonor, incluso si causa la ruina de mi familia.

Un mensaje interno se superpuso a la transmisión de la Espiral del Cuervo. Era el oficial de los sistemas de auspex, su voz aterrorizada, rota.

—¿Prefecto? ¡Las baterías orbitales han fijado sus objetivos sobre nuestras naves! ¿Qué debemos hacer? ¿Prefecto?

Valerius cortó la comunicación y se quedó mirando fijamente a Branne.

—Es vuestra decisión, comandante. Mi destino está en vuestras manos.

—Seremos vengados.

A sus pies la llanura salina de Ghular se extendía varios cientos de kilómetros, sin ofrecer santuario alguno a su mermado ejército. Habían luchado con toda la fuerza de la que disponían, sin dejarse atrapar jamás, moviéndose constantemente. Pero ya no quedaba ningún lugar al que retirarse. La Guardia del Cuervo estaba atrapada,

refugiada en la última cobertura que le quedaba mientras los traidores peinaban Urgall.

—¿Alguna vez habéis visto algo así?

En respuesta a la pregunta de Agapito Corax negó con la cabeza. Toda la potencia de los Devoradores de Mundos se aprestaba contra ellos. Decenas de miles de guerreros se derramaban sobre las pendientes sólo a unos pocos kilómetros de distancia. Desde lejos eran líneas de azul y blanco en gran medida salpicado de rojo. Algunos de los Devoradores de Mundos habían decidido teñir sus servoarmaduras con la sangre de los caídos, mancillando las insignias imperiales en desafío al propio Emperador.

—Está con ellos…

—¿Quién?

—Angron, mi terco hermano.

Corax apuntó hacia la masa de guerreros. Entre el blindaje azul y blanco un gigante revestido de oro y rojo avanzaba a grandes zancadas, su enorme capa de pieles ondeando a su espalda. Las cadenas brillaban alrededor de sus muñecas y sus manos, en cada una de ellas un hacha sierra. Corax podía oír los gritos salvajes de los lobotomizados guerreros de Angron, sus salmodias descendiendo por las laderas como un reto arrojado a la Guardia del Cuervo.

Corax flexionó los dedos sobre el mango de su látigo mientras miraba cómo se aproximaba el primarca de los Devoradores de Mundos. Sabía cuál sería el desenlace. Apenas le quedaban trescientos marines espaciales contra la fuerza de una legión completa. Se enfrentaría a Angron, y sabía que caería frente a él. No había otro primarca que pudiera superarlo en combate singular, salvo quizá Horus y tal vez Sanguinius. Corax era un señor de la batalla inmortal, pero Angron era la guerra encarnada. El Guardia del Cuervo lo había visto liderar sus tropas en la brecha del Yunque de Hell y sido testigo de su talento para la destrucción en el Asedio de Gehenna. A Corax no le cabía duda de que su hermano lo mataría y que sentiría un intenso placer haciéndolo.

Se preguntó qué habría prometido Horus al Devorador de Mundos a cambio de su traición al Emperador. Conquista, sin duda, y la gloria de la batalla. Angron había perseguido aquello como cualquier otro primarca, tanto Corax como sus hermanos

habían sido creados con un fiero orgullo militar. *¿Pero qué más?*, pensó. *¿Qué ganas con esta rebelión contra el Emperador?*

Con las hordas de sus enemigos fluyendo hacia él, Corax aventuró una respuesta. *Libertad. Libertad de toda limitación. Libertad de todo freno. Libertad de la culpa y las órdenes.* Pero la libertad no existía sin restricciones. Los primarcas y sus guerreros necesitaban una estructura, un propósito en el que concentrar sus instintos marciales. Sin una mano que los guiase, una vez provista por el Emperador, y ahora manipulada por Horus, las legiones no eran más que un bólter sin un ojo que apuntase. ¿Era ese salvajismo, esa brutalidad del ejército que ahora se avecinaba sobre él algo que acechaba en el interior de toda legión? Corax no podía creer aquello. Deber, honor, lealtad. La obligación del fuerte de luchar en defensa del débil, eso era un propósito. La libertad del tipo que ansiaba Angron era una existencia vacía; eliminada toda medida y atadura, todo acto carecía de sentido porque no servía a ningún bien mayor. Corax había liberado Deliverance de las manos de los señores esclavistas y después lo había dirigido bajo el ala del Imperio. Quizá sólo había cambiado un amo por otro, pero al menos había sido libre para elegir el amo al que servir. Aliviado por esa conclusión —que en su interior no existía nada que lo pudiera convertir alguna vez en un tirano como Angron— Corax se relajó y esperó.

Ver a astartes luchar contra astartes era algo horrible, pero en su interior el primarca sabía que prefería caer a manos de uno de sus hermanos antes que sufrir otro destino. Los marines espaciales habían moldeado aquel nuevo imperio de la materia en bruto de la galaxia y era justo que fueran ellos los que sellaran su destino, para bien o para mal.

Los primeros misiles de los Whirlwinds de los Devoradores de Mundos golpearon a la Guardia del Cuervo desde el cielo. Estos se negaron a buscar cobertura, orgullosos de mantenerse firmes frente al enemigo. Las explosiones desgarraron escuadras, matando docenas. Corax permaneció impasible entre todo aquello como en el ojo de un huracán. Sus oficiales lo miraron y sacaron fuerza de su valiente desafío a los traidores.

Más estelas de vapor cruzaron los cielos abiertos, pero había algo erróneo en su dirección: venían de la retaguardia de la Guardia del Cuervo. Corax alzó la vista y vio una aeronave de amplias alas descendiendo entre las nubes que se disipaban, los compartimentos de misiles pulsando con su fuego. Una franja de detonaciones hizo un corte entre las filas de los Devoradores de Mundos, rasgando el avance de sus

compañías. Bombas incendiarias florecieron en el corazón del ejército que se aproximaba, derramando promethio al rojo blanco sobre las empinadas laderas. Corax observó con incredulidad los brillantes pulsos de energía que descendieron desde la órbita, abriendo inmensos agujeros en la legión de Angron.

El rugido de los motores de reacción se volvió ensordecedor cuando las naves de transporte descendieron en medio de pilares de fuego. Naves de transporte negras con la heráldica de la Guardia del Cuervo. Los astartes se desplegaron para permitir a las naves aterrizar. En el instante en el que se posaron las rampas se desplegaron para permitir el abordaje.

Al principio la Guardia del Cuervo se quedó paralizada por la incredulidad. Se oyeron algunos gritos de advertencia de los que creían que se trataba de naves enemigas disfrazadas. El comunicador chasqueó en el oído de Corax.

—¡Lord Corax!

—Recibiendo la transmisión.

—Soy el prefecto Valerius del ejército imperial, sirviendo bajo las órdenes del comandante Branne, mi señor. Tenemos una ventana muy corta de evacuación, suban a bordo tan pronto como puedan.

Corax dio la señal a Agapito.

—Ordena el embarco, sube a todos a bordo para partir hacia la órbita.

El capitán asintió y comenzó a gritar órdenes por la red de comunicación para organizar la retirada de la Guardia del Cuervo. Con la velocidad nacida de la práctica los legionarios se dispersaron, las naves de transporte despegaban en nubes de humo y polvo en cuanto se llenaban. Corax las vio ascender de vuelta a los cielos perseguidas por proyectiles y misiles que llovían otra vez sobre sus posiciones. Una explosión a su izquierda lo meció con su onda expansiva. Un momento después Agapito estaba a su lado.

—El último transporte, mi señor.

Corax siguió a Agapito hasta la rampa, sus botas resonando sobre el metal. Mientras ésta se cerraba miró al ejército de los Devoradores de Mundos, que aullaban como sabuesos frustrados.

—Hemos sobrevivido, mi señor. ¡Noventa y ocho días!

Corax no sentía el deseo de celebrarlo. Miró a Agapito y a los demás marines espaciales.

—Vine a Isstvan con ochenta mil guerreros. Vuelvo con menos de trescientos.

Sus palabras acallaron el júbilo reinante y un sombrío silencio lo remplazó, el único ruido el rugido de la nave. Corax se levantó y miró por una de las escotillas, la cubierta temblando bajo sus pies, y vio cómo se alejaban las colinas de Urgall, imaginando los miles de seguidores caídos que dejaba atrás.

—¿Qué haremos ahora?

—Lo que siempre hemos hecho. Retroceder, reconstruir nuestras fuerzas y atacar de nuevo. Ésta no es la última vez que los traidores sabrán de la Guardia del Cuervo. Esto es una derrota, pero no es el final. Volveremos.

Las nubes oscurecieron la vista, borrándola con su blancura, y dejó de pensar en los muertos.

FIN DEL RELATO